

## CARTA XXVII.

Paris, Hospital de San Luis.

Salvo el respeto que te debo como á mi mayor, me dan ganas de decirte, querida Carolina, que eres la más impertinente y enfadosa criatura que se conoce. Tú que predicas tan bien persuadiendo á los otros la paciencia, ¿por qué no pones un poco en práctica tus sermones? ¡Ay! pobre corazón humano, así eres! quierés hallar siempre en los demas las perfecciones que no tienes en tí mismo.

“Acábame la historia de Lucía,” “¿hasta cuándo seguirás la historia de Lucía y de Inés?” es lo que me repites desde la primera hasta la última línea en las dos cartas que has tenido la bondad de escribirme una tras otra en ménos de quince dias. Decir que uno acabe una cosa es muy fácil, pero hacerlo no lo es tanto, y

no puedo ménos que reir, cuando á pesar de todo lo que te he dicho sobre el poco tiempo que me dejan libre mis ocupaciones, terminas con tanta formalidad tu última carta con estas imperiosas palabras: “Nada de nuevos pretextos; ya no admito ningunos; lo que necesito es que concluyas tu historia”

Voy á darte gusto ahora, porque mis enfermos están algo tranquilos; pero sí te advierto que puede ser que esta pobre carta pase muchos dias en la papelera, porque por más que digas no puedo yo disponer sino de unos cuantos minutos cada dia.

Quando tú seas Hermana de la Caridad y veas lo que á tí te pase, tendrás que darme una satisfaccion completa de todas las quejas con que ahora me abrumas; esa será mi venganza; pero mientras de que llega continuaré mi relato.

Lucía tenia muchos motivos para portarse con prudencia; sabia muy bien que el Sr. D\*\*\* no la podia ver, y solo le permitia libremente la entrada de su casa porque su hija se lo habia suplicado con instancia, y temia aflijirla rehusándosele. Además, habia notado ella que, cuando estaba con Inés, una criada antigua, de todo el gusto del Sr. D\*\*\* la espiaba continua-

mente, para dar cuenta exacta á su amo de todas sus acciones y palabras. A fuerza de consideraciones á la anciana y de circunspeccion en sus discursos, logró captarse los favores de la una y calmar las sospechas del otro. Poco tiempo ántes de la invasion del cólera, fué cuando se cercioró de que ya no se ponian en la puerta á escuchar lo que le decia á su jóven amiga.

Un dia que Inés la habia mandado llamar, la halló tan triste y tan abatida que no pudo ménos de decirle:

—Estoy cierta de que está vd. otra vez con la idea del cólera y el miedo de la muerte. Eso no es racional, y si yo pudiera, la habia de regañar mucho.

—¡Ay! Lucía, la interrumpió Inés, no me hablas así más que para animarme; pero si tuvieras franqueza, convendrias en que esa horrible perspectiva del sepulcro hiela la sangre.

—¡Yo! ¿temer á la muerte? ¿qué capaz! por ella he de entrar en posesion de una dicha que no ha de tener fin.

—¿Lucía, qué estás loca? ¿Quieres hacerme creer que dejarias la vida con plácer?

—Sí, con plácer, dicha y accion de gracias,

porque esta vida que vd. estima tanto, no es á los ojos de la fé más que un tiempo de prueba, una triste peregrinacion en un país de destierro, miéntras que la muerte es el momento de entrar á la celestial patria, el paso de este mundo á una eternidad..... de delicias, es verdad, para los buenos; pero ¡ay! de tormentos para los impíos y los malos.

—Tú crees, Lucía, que no morimos por completo.

—Nuestro cuerpo sí, muere y es presa de la corrupcion; pero nuestra alma inmortal, creada á imágen de Dios, va á recibir despues de su separacion del cuerpo, la recompensa de sus buenas acciones ó el castigo de las malas.

—Entónces ¿seré yo dichosa? porque me parece que no soy mala.

—¡Ay! no! porque eso no es suficiente para entrar en el cielo; es preciso ser uno católico, y vd. no lo es, querida y desgraciada Inés.

—¿Y cómo sabes, Lucía, que no lo soy?

—Porque no está vd. bautizada, no conoce tampoco á Dios, no le ama, ni le invoca jamás.

—Pues bien, Lucía, dámele á conocer y enséñame á amarle; porque quiero no tener ya

miedo á la muerte, ser como tú y creer que entonces sere más dichosa de lo que ahora soy.

—Yo lo deseo más vivamente que vd., pobrecita Inés, porque la quiero mucho. ¡Oh! sí, créamelo vd., daria con gusto mi vida por salvar su alma; pero su padre no quiere que haga yo cesar la ignorancia en que la ha criado, y si supiera que yo la instruia en las verdades de la fé, nos separaria...

¡Me quiere tanto!..... exclamó Inés, que me asombra lo que dices. ¿Crees tú, Lucía, que no desee él para mí todo lo que me puede hacer dichosa?

—Aquí en la tierra, sí; pero no en la eternidad.

—¿Y por qué?

—Quién sabe, Inés; cuando vd. llegue á ser hija de Dios, de ese Dios tan bueno y misericordioso, que la ama tanto, se esforzará con todo empeño en hacer entrar á su papá en el camino de la salvacion.

—Háblame, pues, con claridad, Lucía, no entiendo bien lo que me dices.

—Ante todo, replicó Lucía, que deseaba inspirarle una devocion tan tierna como la suya á la Madre del Salvador, roguemos juntas á la

Santísima Virgen que le alcance á vd. del Corazon Santísimo de su divino Hijo las gracias de que necesita para.....

—¡Oh! Lucía, exclamó Inés, ¿qué esa Virgen de que me hablas, será la misma que con el nombre de María invocaba con frecuencia mi mamá en su última enfermedad?

—Sin duda, y es nuestra Santísima Madre, que nos dispensa toda clase de bienes.

—Seguramente por eso me recomendaba tanto mi pobre mamá que tuviera siempre en ella una firme confianza. Era muy chica cuando tuve la desgracia de perderla; pero con todo, me acuerdo bien que la víspera de su muerte, despues de haberme abrazado llorando, me hizo besar una medalla que traía oculta sobre su pecho; representaba tambien á una madre llevando en sus brazos á un niño. “Mira,” me dijo con una emocion que nunca he podido olvidar, “cuando yo haya desaparecido para no volver más, Ella te amará como á su hija, incomparablemente más que yo; pero es preciso que por tu parte tambien tú la quieras “y le reces todos los dias lo que voy á enseñarte.” Entonces me hizo repetir varias veces ciertas palabras que he conservado en la

memoria, aunque sin entender su significado. Oyelas: "Santa María, Madre de Dios, ruega por mí ahora y en la hora de mi muerte, y "haced que sea católica."

No dudando ya que la Santísima Virgen, escuchando la oracion de una madre moribunda, habia alcanzado la conversion de Inés, Lucía se decidió á enseñarla desde luego lo que necesitaba hacer y creer para salvarse.

El que sabe desatar la lengua de los niños, inspiró á la humilde Lucía lo que debía decir, y dispuso admirablemente el corazón de la neófita, que recogió con avidez las sublimes verdades que escuchaba por primera ocasion. Su fidelidad á la gracia le mereció otra mayor, su alma fué de repente iluminada con una luz sobrenatural, la venda de la ignorancia cayó milagrosamente de sus ojos, y exclamó en un transporte de amor: "¡Oh Dios mio, qué grande y misericordioso sois!.... poned el colmo á vuestras bondades, haciéndome gozar cuanto ántes de la dicha reservada á los que os aman; si, yo os amo, os amo más de lo que pudiera expresar, y quisiera amaros eternamente.... Lucía, mi buena amiga Lucía, añadió en seguida, bautízame ahora mismo, no tendré paz ni descanso

hasta que pueda llamarme hija de Dios.... ¡Oh! ¿por qué vacilas? piensa en el dolor que te causará no hacerlo si me acontece morir sin bautismo."

Le costó mucho trabajo á Lucía convencerla de que era preciso consultarlo con el guía de su conciencia.

—Ve, pues, le dijo Inés suspirando; pero vuelve pronto, no quiero permanecer más tiempo esclava del demonio.

Le puso Lucía una medalla de la Virgen, que desde entónces fué su mayor tesoro, el que ocultaba cuidadosamente, y salió á buscar al respetable eclesiástico que dirigia su conciencia, sin poderlo hallar en varios dias por el recargo de ocupaciones en aquellas críticas circunstancias, siendo por fin su decision, que no podia ser bautizada Inés por su amiga sino en caso de muerte y solo cuando no fuera posible hacer entrar algun sacerdote; que fuera de eso, puesto que la jóven gozaba de completa salud, era preciso que se presentase á recibir el agua de la regeneracion en la iglesia, y despues de haber sido competentemente instruida por un sacerdote acerca de las verdades de la fé.

Es fácil comprender la agitacion de Inés, que

ansiaba recibir el bautismo, y la imposibilidad de verificarlo, pues se presentaban dificultades casi insuperables; porque el Sr. D\*\*\* de ningún modo lo permitiría, y jamás dejaba salir á su hija sino con él ó con la anciana de que hemos hablado, que no conocía más ley que los caprichos de su amo, con lo que puedes figurarte que tampoco se prestaría al plan que intentaban. Pero Dios, que se burla de los impíos designios de los hombres, y los echa por tierra cuando le parece, allanó todos los obstáculos que se oponían á la salvación de esa jóven elejida. Atacada repentinamente del cólera, á la vista misma de su padre, Inés tuvo la fuerza y el valor de disimular sus males, para que así saliera aquel á la calle, como de costumbre, y ella pudiese hablar á solas con Lucía, á quien mandó llamar á toda prisa.

Apénas la vió, cuando la dijo:—Lucía, la muerte me ha marcado con su sello; hace ya algunas horas que me siento muy mal, sufro calambres atroces, y dentro de poco ya no me será posible ocultarlo; es tiempo ya de que me bautices, los momentos son preciosos y no hay que perder uno solo; date prisa, si no quieres que mi padre nos sorprenda, porque su ternura

alarmada le traería muy pronto de vuelta: aunque yo no le he querido decir nada, temo mucho que él haya adivinado mis sufrimientos.

No era posible vacilar más, y Lucía, llorando, hizo correr el agua santa del bautismo sobre la cabeza de su jóven é interesante amiga, quien quiso recibir el nombre tan dulce de *María* por amor y reconocimiento á la Santísima Virgen que la habia protegido de un modo tan particular.

Inmediatamente su lívido semblante irradió de gozo, y exclamó:

—Gracias, querida Lucía; sin tí ¿qué habria sido de mí? ¡Ay! habria sido desterrada para siempre de ese cielo que por tu medio se me acaba de abrir!..... ¡Sí! lo veo abierto; la Santísima Virgen me tiende los brazos, y los ángeles me llaman para que vaya á cantar con ellos las alabanzas de un Dios tan bueno, que no se ha desdeñado en adoptarme por hija.....

Las lágrimas ahogaron su voz, y despues de unos instantes, añadió:

—¡Ay! Lucía, una sola cosa falta á mi felicidad: desearia recibir al Dios de la Eucaristía. ¡Qué consuelo tan dulce, qué gozo tan inefable ha de ser hospedar en su pecho al Salvador!